

Necrológicas

ROSA KUHNE BRABANT (Erfurt 1926- Madrid 2002)

En poco tiempo hemos perdido a muchos destacados maestros de la historia de la medicina: Luis García Ballester, Pedro Laín Entralgo, Roy Porter, Roger French y Rosa Kuhne. Aunque permanecen con nosotros a través de su magisterio y de sus publicaciones, el vacío que han dejado es enorme. En el caso de Rosa, además, por partida doble, pues también dejó huérfana a la filología árabe.

Todos cuantos la hemos conocido recordaremos siempre la serenidad de sus ojos azules, su pelo blanco y su característica voz “de abuelita”. Quienes la hemos tratado con asiduidad sabemos que bajo ese aspecto venerable y frágil, desde su profunda fe y su candor, siempre fue una mujer de tesón en la vida y en su trabajo, en el que aplicaba con rigor germánico – aunque a ella le molestara esta expresión– un profundo conocimiento de la gramática árabe. Su dominio del alemán, del inglés y del francés (a lo que hay que añadir sus conocimientos del hebreo y del latín) la situó muy por delante de la mayoría de nosotros. El estudio paciente de numerosas fuentes árabes, greco-latinas y medievales, la lectura benevolente de la bibliografía más obsoleta hasta la más reciente, su interés por la psicología de los médicos islámicos que estudió o por la pervivencia actual de las teorías médicas que postulaban fueron determinantes también en su extensa producción bibliográfica. Su empeño constante por llegar al fondo de las cosas a través del razonamiento, su pasión por el detalle histórico y una memoria prodigiosa incluso en su vejez hicieron el resto. Reservo el relato de su biografía y la relación completa de su bibliografía para acompañar su gran obra póstuma –el *Kitāb al-Iqtisād* de Abū Marwān ‘Abd al-Malik b. Zuhr, más conocido como Avenzoar– pero quiero adelantar aquí alguna anécdota sobre su admirable tenacidad y espíritu de superación. La primera, el hecho de que tras una adolescencia marcada por la temprana muerte de su madre y la separación de su padre a causa de la II Guerra Mundial, tras la frustración de su vocación médica, acabó sus estudios universitarios con cerca de cuarenta años y defendió su tesis con cuarenta y tres. En otro orden de cosas, acostumbrada a valerse por sí misma, hasta dos o tres años antes de dejarnos, ella misma se encargaba de hacer su declaración de la renta, cuyos ininteligibles impresos tanto dolor de cabeza dan a muchos de nosotros. El tercer ejemplo es su entusiasmo por las nuevas tecnologías, especialmente la informática, que siendo una obligación de la que muchos desearíamos desertar, entró en su vida poco antes de jubilarse para convertirse en una gran afición hasta el final de sus días. Entre sus virtudes, personalmente debo añadir que como directora de tesis fue excepcional, privilegio que la perspectiva del tiempo y las experiencias ajenas se han encargado de confirmar.

A efectos académicos puede parecer exagerado equiparar a Rosa con las cuatro figuras de la historia de la medicina que mencioné al principio, dado que ella nunca alcanzó su fama, ni ocupó flamantes cátedras, ni publicó tantos libros como ellos; pero para aquellos que piensen que es pasión de discípula –y para los que aún no lo sepan– Rosa ha sido, por

excelencia y con diferencia, la máxima autoridad española en historia de la medicina islámica. Siendo persona entregada a su trabajo –la docencia y la investigación– y careciendo de toda ambición política, su labor fue silenciosa y en el segundo caso, con frecuencia silenciada. En palabras suyas, no era mujer de libros sino de artículos y en general éstos siempre circularon por canales de difusión circunscritos al arabismo. Por esta razón, el reconocimiento que merece ha estado siempre limitado a unos pocos especialistas. Sigo pensando lo que tantas veces le dije a ella: qué diferente habría sido esto si hubiera podido disfrutar ella de una beca del también malogrado Wellcome Institute for the History of Medicine de Londres.

Sobre la trayectoria y la trascendencia de su trabajo de investigación habría mucho que decir, aunque sea brevemente. En primer lugar, creo poder afirmar sin temor a equivocarme que entre los numerosos investigadores de la medicina islámica del siglo XX, Rosa Kuhne ha sido uno de los escasos especialistas –y desde luego, la única en España– que se atrevió a abordar los poemas médicos, caso de la *Uryūza fī-l-ṭibb* de Saʿīd ibn ʿAbd Rabbihi (*Al-Qanṭara* I: 1990, 279-338) o la *Uryūza laṭīfa fī qaḍāyā Ibruqrāt al-jams wa-l-ʿiṣrīn* de Avicena (*Homenaje al Prof. Darío Cabanelas Rodríguez*, Granada, 1987, vol. II, pp. 343-366). No contenta con ofrecer su propia edición y traducción del texto árabe, además de acompañar su trabajo con el conveniente estudio histórico de la obra y de los manuscritos empleados, también incorporó un exhaustivo estudio lingüístico y métrico que muy pocos estarían en situación de acometer con el mismo rigor y seriedad. En el primer caso, desgraciadamente no llegó a ver publicada una segunda edición que estaba preparando con los nuevos manuscritos que había localizado.

Lejos de desarrollar una línea de investigación –por así decir– monográfica sobre un autor o tema concretos, Rosa se interesó por aspectos muy variados de la literatura médica islámica medieval. Uno de los temas a los que consagró especial atención fueron los pronósticos de muerte, fundamentalmente el opúsculo alejandrino de los *Secreta Hippocratis* (también conocidos como *Cápsula Eburnea*) y su transmisión a la Europa medieval. Para ello no escatimó esfuerzos a la hora de consultar bibliografía de difícil acceso o para conseguir reproducciones de manuscritos árabes (más de treinta) y de impresiones latinas. Fueron varios los trabajos resultantes de esta empresa, resultados que fue dando a conocer –progresivamente a medida que avanzaba su investigación– entre 1984 y 1990, culminando con la publicación del “*Kitāb al-Durý*, prototipo de la Cápsula Eburnea y representante más genuino de la tradición de los *Secreta Hippocratis*”. Síntoma del indiscutible mérito científico de este trabajo (que bien podría haber publicado como libro) es el hecho de haber aparecido en tres partes dentro de la revista *Al-Qanṭara* (vols. X.1: 1989, 3-20; X.2: 1989, 299-327; XI.1: 1990, 3-58), procedimiento nada habitual y honor que ya había disfrutado anteriormente con otro estudio de enjundia similar: el *Sirr šināʿat al-ṭibb* de al-Rāzī (*Al-Qanṭara*, III: 1982, 347-414; V: 1984, 235-292 y VI: 1985, 369-395).

Figura clave de la medicina islámica medieval, Abū Bakr Muḥammad b. Zakariyāʿ al-Rāzī –de quien Rosa se confesaba alma gemela– también ocupa un puesto destacado en su trayectoria investigadora. Junto a una documentadísima biografía de al-Rāzī para una enciclopedia italiana que seguramente nunca verá la luz, en sus últimos años Rosa recopiló

multitud de trabajos sobre el Rāzī filósofo con la intención de dedicar un estudio pormenorizado al talento humano de este médico oriental del siglo X que tanto le fascinaba. Su fallecimiento nos privó de ver impresas sus profundas observaciones sobre la personalidad de este polifacético y prolífico médico islámico. Hemos de conformarnos, pues, con la edición, traducción y estudio del *Sirr šinā‘at al-ṭibb* antes mencionado y con la de “Un tratadito inédito de dietética de al-Rāzī: La *Maqāla fī taqdīm al-fākiha qabla l-ṭa‘ām wa-ta‘jiri-hā*” (*Anaquel de Estudios Árabes* II: 1991, 35-73), que poco después daría lugar a un análisis más exhaustivo del aspecto médico-dietético de la obra en su artículo “Al-Rāzī on how and when to eat fruit” (*Miscellanea Arabica et Islamica, Dissertationes in Academia Ultrajectina prolatae anno MCMXC*, ed. F.de Jong, Lovaina, 1993, pp. 164-174).

Estos dos trabajos se enmarcan en un periodo en el que su interés personal por la dietética se proyectó en el análisis de un aspecto novedoso de la medicina y –sobre todo– de la farmacología islámica medieval. Especialmente fructífero es este apartado de su producción bibliográfica en que se incluyen estudios pioneros sobre el consumo de fruta en el mundo árabe medieval y su uso con fines médicos (*La alimentación en las culturas islámicas*; Colección de estudios editados por M. Marín y D. Waines, Madrid, 1994, pp. 295-308; “La fruta, ¿alimento o medicamento? Reflexiones sobre la presencia de la fruta en la farmacopea árabe medieval”, *Anaquel de Estudios Árabes* 7: 1996, 70-86), sobre el azúcar y la miel (“El azúcar: usos dietéticos y farmacéuticos según los médicos árabes medievales”, 1942: *Lo dulce a la conquista de Europa*, Granada, 1994, pp. 41-62; “Reflexiones sobre un tratadito dietético prácticamente desconocido: el *Tafḍīl al-‘asal ‘alā l-sukkar* de Abū Marwān b. Zuhr”, *Homenaje al Profesor José M. Fórneas Besteiro*, Granada, 1994, vol. II, pp. 1057-1144) o sobre la almendra (“La almendra: un pequeño gran protagonista en la alimentación y en la farmacopea árabes medievales”, *Actas del XVI Congreso de la U.E.A.I.*, Salamanca, 1995, pp. 281-290).

La lista de publicaciones de Rosa Kuhne Brabant dibuja una evolución de sus intereses científicos coherente y sólida como pocas, con el aliciente añadido de haberse fijado en figuras relevantes, en obras desconocidas de corta extensión pero no exentas de dificultad –por lo que de no haberlas estudiado ella todavía estarían inéditas– y en aspectos pioneros por su enfoque o novedosos por su temática. A este respecto hay que incluir también el estudio de un campo escasamente cultivado como es la cosmética islámica medieval (“*Zīnā e Iṣlāḥ*: Reflexiones para entender la medicina estética del joven Abū Marwān b. Zuhr” *Al-Andalus–Magreb* 4: 1996, 281-298; “La medicina estética, una hermana menor de la medicina científica”, *La Medicina en Al-Andalus*, Granada, 1999, pp. 197-207). Sin embargo, si hubo una labor de investigación constante y singular en su carrera profesional fue la que dedicó a Avenzoar.

Por mucho que le pese a más de un colega nacional e internacional, Rosa –Rosa Kuhne Brabant– fue y seguirá siendo la máxima autoridad sobre Abū Marwān ‘Abd al-Malik ibn Zuhr, médico andalusí del siglo XII conocido en el Occidente medieval como Avenzoar. Figura presente en toda su carrera investigadora desde sus mismos comienzos hasta el final, tristemente Rosa nunca vio reconocidos los numerosos trabajos que le dedicó, algo que ella denunció con su habitual diplomacia en algunos de sus últimos artículos y en lo que –a la

vista del escaso resultado obtenido– me gustaría insistir aquí con claridad meridiana. Fruto de la mediocridad, hubo quien se apropió de sus ideas sin citarla pensando que expresadas en árabe pasaría desapercibido. En la misma línea hay quien pretende –si no ha desistido ya– usurpar la primacía de Rosa citándola de refilón en unos artículos tan ostentosos como poco recomendables. Con diferencia, lo más grave de todo son los trabajos de colegas más cercanos que sistemática y deliberadamente silencian su bibliografía en lo que, sin duda, nuestro ilustre predecesor D. Miguel Casiri (1708-1791) calificaría también de “obrillas poco o nada decorosas a la Nación”. Otros simplemente ignoran la producción más reciente de Rosa sobre Avenzoar. Incluso, se ha dado el caso de una publicación de actualidad en la que, coincidiendo con una aportación de Rosa en la que la biografía de Avenzoar no ha lugar, tres trabajos más dedican párrafos a este médico andalusí, brillando por su ausencia la bibliografía más esencial y, como consecuencia, aportando tres versiones diferentes – alguna inventada– de la vida y milagros de Avenzoar. Supongo que Rosa no daba mayor importancia a todo esto porque el tiempo pone las cosas en su sitio y porque el sabio no necesita proclamar que lo es: se sabe y se ve.

Dicho esto, no voy a incluir aquí la profusa bibliografía de Rosa sobre el tema, porque a quien le interese, la encontrará fácilmente. Por el contrario, para terminar de reivindicar su superioridad moral y profesional sobre Avenzoar quiero resaltar las dos únicas cosas que le molestaban realmente. La primera es el hecho de que investigadores a los que había proporcionado copia de sus trabajos, por machismo o por estupidez, a las puertas del siglo XXI aún seguían citando exclusivamente las obras de Gabriel Colin de 1911 o la entrada de Arnáldez en la *Enciclopedia del Islam* como referencias modernas para la biografía de Avenzoar. Sin restar mérito a estos caballeros, no le faltaba razón a Rosa cuando sus “Aportaciones para esclarecer algunos puntos oscuros en la biografía de Avenzoar” (*Actas del XII Congreso de la U.E.A.I.*, Málaga, 1986, pp. 431-446) añaden y documentan datos nuevos procedentes de fuentes históricas y médicas a las que sus predecesores no tuvieron acceso. Esperemos que la biografía de Avenzoar incluida en el *Diccionario de Autores y Obras Andalusíes* del Legado Andalusí, más completa y actualizada aún, tenga mayor eco que la anterior en la comunidad científica y obtenga el puesto de autoridad que merece. La segunda cuestión tiene que ver con el desconocimiento o la lectura superficial de sus trabajos sobre el *Kitāb al-Iqtisād fī iṣlāḥ al-anfus wa-l-aḡsād* de Avenzoar. Por si ella no lo dejó claro en sus trabajos, no puedo desaprovechar la ocasión para insistir en que la identificación de esta obra con el *Kitāb al-Zīnā* hace tiempo que dejó de ser una hipótesis para convertirse en una afirmación de peso. Y a propósito de cosas que le molestaban, quizá la que más era ver sus apellidos mal escritos. Como historiadora de la medicina islámica, Rosa puede ser un modelo difícil de superar e incluso de imitar, pero por eso mismo, no debería ser tan difícil escribir correctamente su nombre, Rosa KUHNE BRABANT, *q.e.p.d.*

Cristina ÁLVAREZ MILLÁN